

¡U D. TRANQUILA DOÑA ANGUSTIAS!

Mi querida Doña Angustias:

Sí. He recibido todas las suyas: la que me escribió usted acerca de la Misa con música ye-yé; la de los curas que lo dejan y luego se casan; la que me pregunta a ver si ahora va a resultar que todo lo de la Biblia es cuento; la de la minifalda (que, por cierto, le salió a usted elocuente); la de "que nos están cambiando la religión y a ver a dónde vamos a parar..."

Tranquila, Doña Angustias, tranquila. Que, ¿a dónde vamos a parar? Pues, pase lo que pase, iremos a parar a un sitio muy bueno que es: a los brazos del Padre que está en los cielos.

Usted y yo, Doña Angustias, creemos en Dios, amamos a Dios y esperamos en Dios. Y no nos apuremos demasiado por el ruido y el jaleo que, de vez en cuando, armamos los hombres dentro y fuera de la Iglesia.

Me dice usted que nos están cambiando la fe y que nos van a quitar la fe.

Pues no, Doña Angustias, no. Porque la fe no está hecha sólo de saberes y entenderes sino, sobre todo, de querer. Quiero decir que, fe no es tanto creer en esto o aquello que nos enseñaron sino, sobre todo creer y confiar en Dios y en lo que Dios y la Santa Madre Iglesia nos vayan enseñando que tenemos que creer.

Si la ballena de Jonás o la manzana de Adán no han existido de la forma que usted y yo creíamos hace años, no quiere decir que Dios no exista, que Jesucristo no nos ha redimido.

Tranquila, Doña Angustias. Dios sigue siendo el mismo que "antes del Concilio".

Y, a propósito de la fe, le diré que, fe es más creer en Dios y en lo que El nos ha revelado que creer en todo lo que creíamos en nuestros buenos tiempos.

Y, claro; resulta que pueden ir cambiando algunos detalles de nuestro contenido de la fe, porque la Iglesia poco a poco, va conociendo mejor el sentido de lo que Dios ha revelado.

Y, si ahora algunos de nosotros sufrimos turbación y angustia en nuestra fe, es porque nuestra fe no tenía la suficiente dosis de bienaventuranzas.

Nuestra fe no era mansa; nuestra fe no era misericordiosa; nuestra fe no era pobre (no en el sentido de raquítica, sino de humilde); nuestra fe no era pacífica, etc., etc.

¿No cree usted, Doña Angustias, que nuestra fe era algo más parecido a un clarinazo de guerra, a una muralla berroqueña, a una bandera victoriosa clavada en medio de un campo de herejes humillados, heridos y derrotados?

Esa fe nos duele porque era un poco más soberbia que evangélica, un poco más pagada de sí que transida de bienaventuranzas.

* * *

Nos duele nuestra fe porque no era pobre de espíritu. Estaba un poco llena de sí misma, instalada. Estábamos un poco orgullosos de ser los capitalistas de la verdad, mien-

tras mirábamos un poco por encima del hombro y hasta dábamos gracias a Dios de no ser "como los demás hombres" que estaban en el error.

No era la fe de los pobres de Yahveh, de los anawim bíblicos; la fe de éstos no está hecha de orgullos de poseer la verdad sino, sobre todo, de humildades de entendimiento, y de confianzas y entregas hacia el Señor.

Nuestra forma de entender la fe nos hacía también un poco "poseedores exclusivistas" de la verdad. En realidad, nuestro entendimiento, aún iluminado por la revelación, no es capaz de poseer más que un trocito de la Verdad inmensa; pero ello ya nos hacía sentirnos monopolistas de la Verdad total.

Nuestra fe no estaba bienaventurizada con pobreza evangélica: no concedíamos fácilmente que los otros poseyeran siquiera unas migajas del inmenso festín de la Verdad.

* * *

Nos duele nuestra fe, porque no era mansa ni humilde de corazón. No pocas veces, utilizábamos nuestra fe amasada con el primero de los pecados capitales. La verdad, en lugar de hacernos humildes, nos hacía soberbios; tanto o más que unos creyentes éramos unos creídos.

Sacábamos sí, la luz de Dios de debajo del colemín y la poníamos sobre el candelero, pero luego arimábamos el

candelero hacia nosotros, para que iluminara nuestra cara y los hombres nos glorificaran a nosotros y no sólo al Padre que está en los cielos.

Nuestra fe no estaba bienaventurizada con la mansedumbre cuando tantas veces la utilizábamos para condenar, y tal vez no tantas para amar.

Hoy, a nuestra fe sin orgullo, la sentimos un poco dolida, Doña Angustias, pero no es menos fe que la fe de campanillas. Porque fe no es sentirse seguro de uno mismo, sino sentirse seguro de Dios. Por eso, para tener fe, hace falta mucha humildad y mucha mansedumbre.

* * *

Nos duele nuestra fe, porque no nos había dolido antes.

PINTURAS FULLER

PINTURAS DE CALIDAD

EL VOLCAN

7 Ave. 9-36. - Guatemala - TELS.: 23539 y 25568.

EL VOLCAN Nº 2

4 Ave. 7-29 Zona 4

TEL.: 60891.

CANTEL

CEFIROS, GENEROS, COLCHAS, TOALLAS, ETC.
ALGODON PARA COLCHONES Y

DESPERDICIOS PARA LIMPIAR MAQUINARIA

Depósito en Guatemala:

8a. Av. 11-45 - ZONA 1 - TEL. 24046 - EN QUEZALTENANGO. CALLE SAN NICOLAS

No estaba bienaventurizada por el llanto. No había pasado por el dolor, que es por donde tienen que pasar todas las cosas redimidas y salvadoras.

Había sido una fe demasiado fácil. No era una fe "sembrada en el llanto para recolectarla en alegría".

El reino de los cielos es algo que Cristo nos dijo que se adquiere con esfuerzo y que es cosa de valientes. Y se daba el contraste de que la fe, el primer gran paso para el reino de los cielos, a nosotros no nos había costado nada. La habíamos adquirido como por herencia, la poseíamos sin esfuerzo y la disfrutábamos sin temor ni turbación.

No la habíamos llorado, "no la habíamos parido con dolor", para emplear otra imagen evangélica.

No es una desgracia, Doña Angustia, el que hoy nos duele la fe. Tenía que ser así; lo de antes era peligroso. Dios nos lleva siempre a la alegría por el llanto, la pasión y la redención. La fe, como todas las cosas de Dios, tenemos que ganarla con sangre y lágrimas. Como Cristo.

Si ahora nos duele la fe, no se apure, Doña Angustias: es que la estamos redimiendo.

* * *

Nos duele nuestra fe, porque no había sido bastante misericordiosa. En nuestro cristianismo habíamos separado demasiado la fe de la caridad: de la auténtica caridad que es amor simultáneo a Dios y al prójimo.

Nuestro cristianismo se centraba en la ortodoxia, mientras se nos olvidaba un poco la misericordia. En realidad, siempre ha sido mucho más fácil dar a Dios nuestras oraciones que al prójimo nuestros dineros. Siempre ha sido mucho más fácil ir a Misa todos los domingos, que dar a los pobres el diez por ciento de nuestros ingresos. Creíamos haber encontrado el legendario atajo que nos llevara a Dios sin pasar por el prójimo. Nuestra ortodoxia a machamartillo la utilizábamos a veces, como salvoconducto para nuestra bolsa, como parapeto para nuestro egoísmo, como sustitutivo de nuestra generosidad.

Veíamos a millones de hermanos hombres que carecía de los más elementales coberturas materiales y creíamos tanto en Dios que, lo único que se nos ocurría era rezarle por la salvación de sus almas.

Y las veces, Doña Angustias, que hemos enarbolado nuestra fe, precisamente para ser inmisericordes: tantas veces que la hemos enarbolado inexpertamente como un garrote contra el pecador, contra el hereje, contra el incrédulo.

Hoy nos duele nuestra fe, pero es porque está aprendiendo una lección difícil: a ser

una fe que no sólo nos relacione con Dios, sino también con el prójimo, ya que, pasando por el prójimo es como se llega con más seguridad a Dios.

No se apure, Doña Angustias. No se viene abajo nuestra fe, al contrario: se purifica: se hace más evangélica. Es decir: se hace más humilde, más pacífica, más pobre de espíritu, más misericordiosa, más dolorosa.

¿Que nos cuesta ahora nuestra fe? Es que nos tiene que costar, Doña Angustias, si es que se trata de una fe cristiana. Nos cuestan los mandamientos, nos cuestan las obras de misericordia... ¿por qué no nos iba a costar también nuestra fe?

La fe no es precisamente una ociosa tranquilidad cristiana, sino un auténtico trabajo cristiano nuestro de todos los días, como lo son los mandamientos. La fe no es algo que nos transmitieron por herencia nuestros padres para que lo gocemos sin esfuerzo nuestro. La fe es algo que cada uno de nosotros nos tenemos que ir ganando todos los días con la gracia de Dios.

Y esta gracia, Doña Angustias, Dios nos la da y nos la dará siempre, pase lo que pase.



LAMINAS
de asbesto cemento

Eureka

No necesitan mantenimiento

FABRICADAS CON TÉCNICA Germán

INDUSTRIA ASBESTO CEMENTO, S.A. - TELS. 1945 - 4521